

La novia fea

Columna por Alfredo de los Ríos

Hace varios años vino a Medellín un profesor europeo de economía para dictar un seminario especializado. De talante cosmopolita en su carrera de académico y expositor internacional, hablaba con frecuencia de sus numerosos viajes. Después de arribar al aeropuerto de Rionegro, cuando (con su comitiva de recepción se acercaba a la ciudad, permaneció en silencio un buen rato mientras divisaba el panorama heterogéneo de la entrada a Medellín por el norte. De repente rompe su reflexión y con gran economía afectiva, exclama: “es la ciudad más increíblemente fea que he visto”. No supe si días después cambió su impresión estética, pese a que el seminario fue un éxito y la experiencia afectiva con los asistentes fue memorable. Lo rescatable de la anécdota es que la desapasionada opinión del eminente profesor es todavía cierta y también es totalmente posible que Medellín siga siendo una ciudad encantadora donde siguen ocurriendo muchas cosas buenas, y ocurrirán en el futuro, sin descontar las múltiples del signo contrario, que suceden y seguirán acechando por tiempo indefinido.

Esa cruda afirmación sobre la fealdad de Medellín es, para muchos, una especie de blasfemia. A ninguno le agradaría que le dijeran que la novia o que la mamá es fea; sin embargo la fealdad con frecuencia acompaña a la inteligencia, a la generosidad o a la nobleza. Claro que no menos a la maldad, a la delincuencia o a las torvas intenciones. Que Medellín sea desgarrada, desordenada, que presente zonas de obsesiva limpieza como las estaciones del Metro, o de intolerable suciedad como las quebradas canalizadas y el atormentado y cloacal río; que las dos mitades de su rostro –hacia el norte y hacia el sur– puedan servir para ilustrar el concepto de esquizofrenia; que fuera de algunos planteamientos arquitectónicos creativos, lo más común sea la falta de imaginación y en no pocas zonas la chabacanería. Que en los barrios Prado y Laureles haya todavía construcciones dignas de admirar, pero no menos adefesios y ruptura del equilibrio urbanístico y de la tradición histórica de la ciudad. Que no serán una multitud los

que levantarán la mano para estar de acuerdo con la afirmación de que al centro de Medellín se le pueda describir con adjetivos tales como: armónico, sosegado, estético, moderno, histórico... Es apasionante, pero por razones diferentes a la estética. Y con todo y su rostro lleno de cicatrices, con sus bellos ojos, una mano buena, el cuerpo deforme a pesar de un rotundo trasero, una pierna esbelta y la otra coja: Medellín es atractiva, seductora, a veces misteriosa y posee varios ámbitos realmente agradables. Es febril e irascible en las horas pico. Es feroz y turbulenta los viernes: circulación casi trombótica que contrasta con la fiesta colectiva de calles y estaderos. En cambio los fines de semana se relaja, y desnuda, se deja apreciar y acariciar.

El Metro es todavía un oasis: la cultura aséptica de la normatividad, que se impone como un lavado de cerebro de buenas intenciones que se riega sin fatiga por los altoparlantes y por la uniforme actitud de esa especie de secta futurista que son sus funcionarios. Si la cultura es el sacrificio de los instintos, *la cultura metro* dejará su huella civilizadora. Una experiencia única: recorrer todo, o una buena parte del trayecto de la línea A, a las seis de la mañana cuando la ciudad apenas despierta cobijada con la bruma y parece todavía pacífica y etérea. Se puede sentir con ella una comunión inefable que se diluye a lo largo del día agobiada con el ruido, la contaminación y ese nerviosismo epiléptico del mediodía.

Medellín rezuma energía y proyectos, se percibe creatividad hasta en la maldad. Así como hay clínicas y hoteles para recibir el siglo XXI, y centros comerciales que convocan multitudes consumistas y jóvenes sin ideales precisos, entre el parque de Bolívar –laboratorio humano que incluye poesía y perversión, artesanía y tráfico – y el parque de masas que buscan recreación –el Juan Pablo II – se tiende una línea entre la ciudad de antaño y su decadencia, y la del futuro: proteica e impredecible. Así como hay universidades e industrias, zonas rosas y rojizas, la mano criminal mueve tantos hilos como el sindicato empresarial y no son pocas las Medellín secretas. Eres pues, Medellín una novia fea, pero provocativa y temible.

ALFREDO DE LOS RÍOS. Psiquiatra, investigador, columnista

Septiembre de 1996